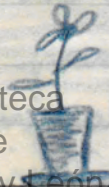
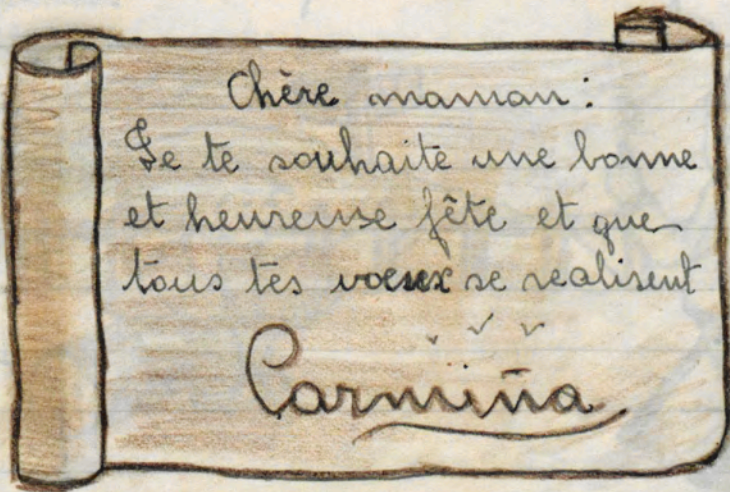


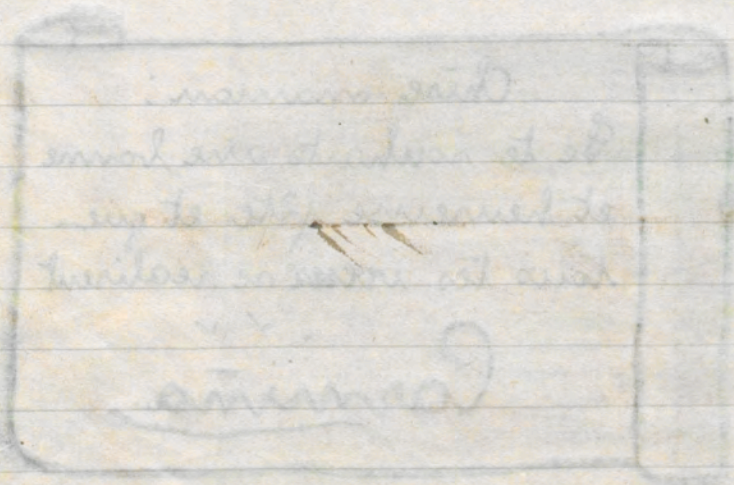


Biblioteca  
de  
**CARMIÑA** —  
Castilla y León

Biblioteca  
de  
Castilla y León



Biblioteca  
de  
Castilla y León



Biblioteca  
de  
Castilla y León

## La cabra del Sr. Sequin

"¡Siempre seras el mismo, mi pobre Gringoire!  
¿Será posible? Te ofrecen una colocación de cronista en un buen diario de Paris, y tienes el valor de rehusar...; Pero mira desgraciado



chacho! Mira este jubon agujereado, estas calzas destrozadas, esta cara demacrada que pregona el hambre. He aqui por tanto donde te ha conducido la pasion de las poesias. ¿Ohi tienes lo que te han valido diez años de les servicios en las <sup>Biblioteca de</sup> ~~poesias~~ <sup>de</sup> ~~de Apolo~~ <sup>de Apolo</sup>? Es que no tienes verguenza al fin?

Hazte cronista imbecil! Hazte cronista!  
Ganarás buenos dineros, tendrás siempre  
un cubierto para casa de Brebant y los días  
de fiesta podrás lucirte con una pluma nue-  
va en tu gorra..."

¿No quieres? ¿Pretendes ser libre a tu gusto has-  
ta el final? Pues bien, escucha un momen-  
to la historia de la cabra del Sr. Seguin y  
verás lo que se gana con querer vivir libre.

---

El Sr. Seguin no habia tenido nunca que  
te con sus cabras

Todas las perdía de la misma manera  
Una hermosa mañana rompian sus cor-  
das ayendose a la montaña y allí arriba el lobo  
las comia. Ni las caricias de su dueño  
ni el miedo al lobo las retenia.

Eran, segun parecia, cabras independien-  
tes que querian a toda costa la libertad.

El buen Sr. Seguin, que no podia compren-  
der el temperamento de sus animales es-  
taba consternado. Decia: "Se acabó; las ca-

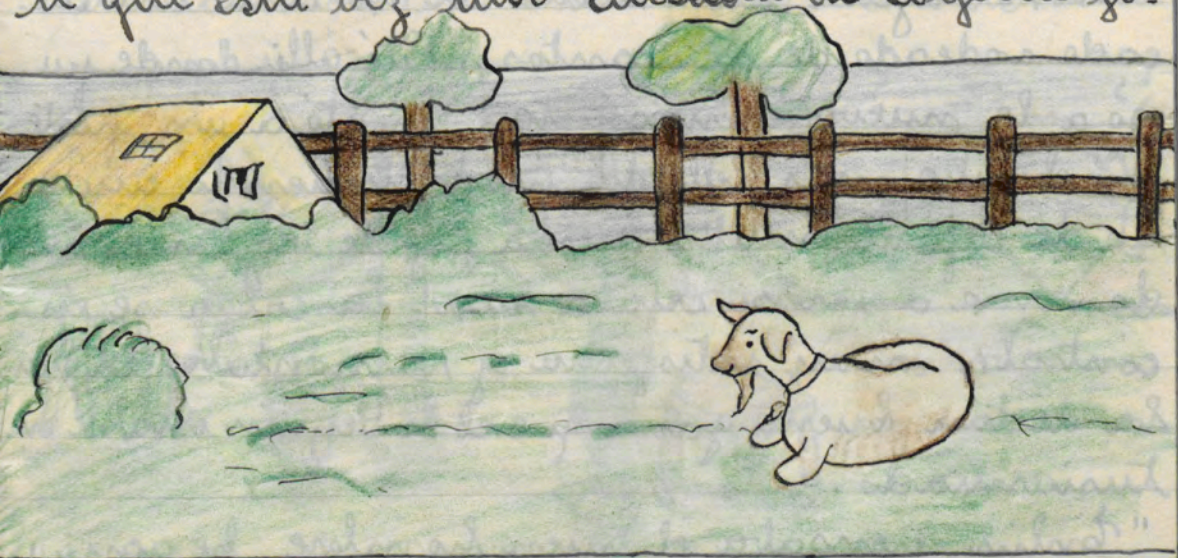
Biblioteca

de

Castilla y León

bras se aburren en mi casa; no guardaré ni una."

Sin embargo no se desesperaba y después de haber perdido seis cabras de la misma manera, compró una séptima; solamente que esta vez tuvo cuidado de cogerla jó-



venita para que se acostumbrara a vivir en su casa.

¡Oh Guingaire, que bonita era la cabrita del Sr. Leguin!; que bonita era, con sus ojos dulces, su barbita de <sup>Biblioteca</sup> <sup>de</sup> <sup>Castilla y León</sup> ~~anillo~~, sus pezuñas negras y brillantes, con ~~unos~~ <sup>unos</sup> cebrinos y sus largos pelos blancos que se hacían una boya.





tá que el asno o el buey pasten en un cerca-  
do. Las cabras necesitan libertad.

A partir de este momento la hierba del cerca-  
do se le antojó insípida. El aburrimiento se  
apoderó de ella; adelgazó y escaseó su leche.  
Daba lástima verla tirar todo el día de la so-



ga, con la cabeza vuelta hacia la montaña y  
las narices abiertas, haciendo Mé!! tristemen-  
te.

El Sr. Leguin notaba que su cabra tenía algo,  
pero no sabía lo que era. Una mañana, al  
terminar de ordeñarla, la cabra se volvió hacia  
él y le dijo en su lenguaje: "Escuche V. Sr. Leguin

languidez en su casa. Dejenme Y. ir a la montaña."

— "Oy Dios mío!... También esta!" gritó el Sr. Leguín estufado; y del susto dejó caer la escudilla. Después sentándose en la hierba al lado de su cabra dijo: — "¿Como, Blanquita; me quieres dejar?" Y Blanquita respondió:

— "Si Señor Leguín"

— "¿Es que tienes escasez de hierba aquí?"

— "Oh, no! Sr. Leguín."

— "¿Eienes acaso la cuerda esta? ¿Quieres que te la alargue?"

— "No vale la pena señor Leguín"

— "Entonces, ¿que es lo que te falta? ¿que es lo que quieres?"

— "Quiero ir a la montaña, señor Leguín"

— "Pero, desgraciada; No sabes que el lobo está en la montaña? ¿Que harás tu cuando venga?"

— "Le daré cornadas señor Leguín"

— "Basta te de importar al lobo tus cuernos!... Me ha comido <sup>Biblioteca de</sup> ~~caballo~~ <sup>chacho</sup> mejor encornadas que tu; ¿Te acuerdas de la pobre Renaude

que, ya vieja, estaba aquí el año pasado? Una ca-  
bra ejemplar; fuerte y mala como un macho ca-  
brío. Se batió con el lobo toda la noche y después  
por la mañana el lobo la comió."

— "¡Caramba!; Pobre Renaude!... No importa  
señor Seguin. Déjeme ir a la montaña."



— "Divina Bondad! dijo el Sr Seguin; Pero; ¿que  
es lo que les hacen a mis cabras? Otra mas que  
el lobo me va a comer...; Pues bien, no!...; yo te sal-  
vare aunque te pese, picara! Y por miedo a que  
rompas la cuerda, voy a encerrarte en el esta-  
blo y allí estarás <sup>Biblioteca</sup> <sup>de</sup> <sup>Castilla y León</sup>  
E inmediatamente el señor Seguin condujo a la

cabra a un establo muy oscuro cerrando la puerta a doble vuelta de llave. Desgraciadamente se había olvidado de la ventana y apenas volvió la espalda la cabra escapó...

¿Te ríes, Gringaire? ; no me extraña! ; te parece a las cabras, y como ellas vas en el contra del buen señor Seguin... Vamos a ver si te sigues riendo dentro de un rato.

Cuando la cabra blanca llegó a la montaña, fué un deslumbramiento general. Jamés los viejos quinos habían visto nada tan bonito. Pe la recibió como a una pequeña reina...

Los castaños se inclinaron para acariciarla con la punta de sus ramas. Las retamas de oro se abrían a su paso y despedían sus mejores olores. Toda la montaña la festejó.

Figurate Gringaire lo feliz que era nuestra cabra... ; No mas cuerda! ; No mas poste!... nada que la impidiera brincar y pacer a su gusto... Allí si que había hierba! ; Hasta por encima de sus cuernos quedaba <sup>Biblioteca de Astillay con</sup> hierba! Sabrosa, fina, dentellada, conquistada de mil plantas!...

No se parecía en nada al cesped del cereado.  
Pues; y las flores? Grandes campanillas azu-  
les, digitales de púrpura con largos cálices, todo  
un bosque de flores salvajes despidiendo un aro-  
ma embriagador!...  
La cabra blanca, medio mareada se revolcaba



patas arriba y rodaba á lo largo de los declives,  
mezclada con las hojas caidas de los castaños.  
Despues, de repente se erquia de un salto  
sobre sus patas. ¡Hop! Vedla como desaparece,  
la cabeza hacia adelante á través de los espi-  
nos y los zarzales, tan pronto sobre un pie,  
como en el fondo de un barranco, allí ari-  
Biblioteca de Castilla y León

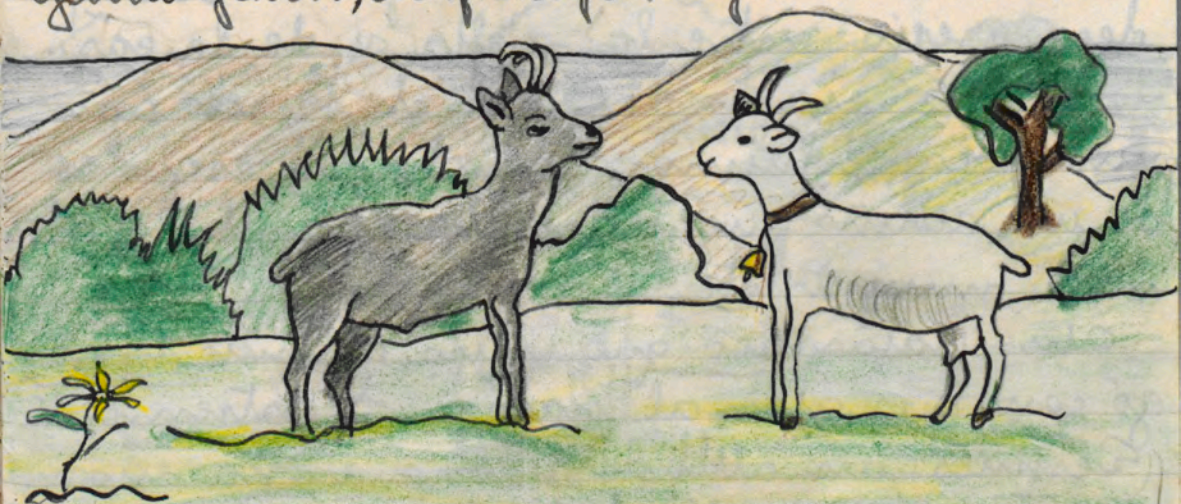
ba, allí abajo... Por todas partes. Parecía que había diez cabras del señor Seguin en la montaña.

Y es que Blanquita no tenía miedo a nada. Franqueaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban al pasar de polvo húmedo y de espuma. Entonces, toda reluciente iba a estenderse sobre una roca plana y se secaba al sol... una vez, asomándose al borde de una explanada con una flor entre los dientes, apercibió abajo, muy abajo, en la llanura la casita de Sr Seguin con el cercado detrás. Esto la hizo reír a carcajadas: — ¡Que pequeña es!, dijo; ¿cómo habré podido estar allí dentro?

¡Pobrecilla! al verse a tan gran altura, se creía tan grande como el mundo...

En resumen; fue una buena jornada para la caba de Sr Seguin. Hacia el medio día, corriendo de derecha a izquierda, fue a parar a un <sup>Biblioteca de</sup> ~~caballo~~ <sup>de</sup> ~~León~~ <sup>de</sup> ~~León~~ de gamuzas, que ramoneaban en una viña silvestre de muy

buena gana. Nuestra pequeña saltarina con su piel blanca causó sensación. Se le reservó el mejor sitio y los gamos fueron muy galantes... y hasta juviana - esto debe quedar entre nosotros Gringaire - que un gamo joven, de pelaje negro tuvo la buena



merte de gustarle a Blanquita. Los dos enamorados se extraviaron por el bosque una hora o dos, y si quieres saber lo que se dijeron vete a preguntárselo a los arroyos enamorados que corren invisibles entre el césped.

Biblioteca  
de  
Castilla y León

De repente refrescó. La montaña adquirió un color violado, atardecía...

— Ya!, dijo la cabrita y se detuvo muy asombrada.

Allá abajo los campos estaban envueltos en la bruma. El cercado del Sr. Seguin desaparecía entre la niebla y de la casita no se veía más que el tejado con un poco de humo. Escuchó las esquilas de un rebano que regresaba y sintió el alma muy triste.

Un pajaraco que volvia al nido la rozó con sus alas al pasar. Se estremeció. Después un alllido resonó en la montaña: — ¡Hov! Hov! —

Pensó en el lobo. Lá muy loca no habia pensado en él en todo el día... Al mismo tiempo se oyó sonar á lo lejos una trompa en el valle. Era el buen Sr. Seguin que intentaba un último esfuerzo.

Biblioteca  
de

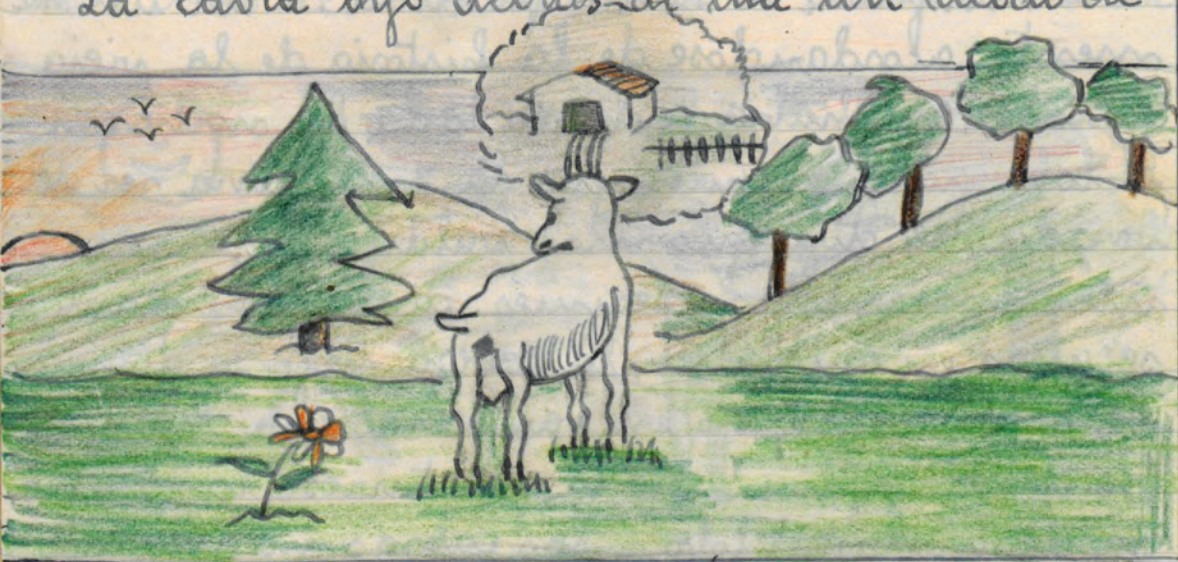
Estilla al Lobo

¡Hov! Hov! hacia el lobo.

¡Cuelve! Cuelve! gritaba la trompa



Blanquita sintió deseos de volver, pero viniéndole a la memoria el poste, la sogá y la valla del cercado, pensó que ahora no podría hacerse a esta vida y que era mejor quedar. La trompa ya no sonaba... La cabra oyó detrás de ella un ruido de



hojas. Se volvió y vio en la sombra dos orejas muy tiesas con dos ojos que relucían... Era el lobo

Enorme, inmóvil, sentado sobre sus cuartos traseros, allí estaba mirando a la cabrita blanca y saboreándola de antemano

Biblioteca  
de

Castilla y León

Como sabia bien que la comeria el lobo no se apresuraba. solamente cuando ella se volvió el se echó a' acir malignamente:

"Ha! Ha! la cabrita del Sr Seguin!"; y pasaba su gruesa y encarnada lengua por sus hocicos.

Blanquita se sintió perdida... Por un momento, acordandose de la historia de la vieja Renata, que habia luchado toda la noche con el lobo para después por la mañana ser devorada, se dijo que más valdria dejarse comer enseguida; después, como por encanto se puso en guardia, la cabeza baja y dispuesta a embestir.; no en vano era una brava cabra del Sr Seguin! No es que tuviese la esperanza de matar al lobo — las cabras no matan lobos — pero si el deseo de ver si podia resistir tanto tiempo como la Renata...

Entonces el monstruo avanzó y los cuernos de Blanquita entraron en juego.

Ah! Que buena voluntad ponía la cabrita! más de diez veces <sup>Biblioteca de</sup> <sup>de</sup> <sup>Castilla y León</sup> Guingaire, obligó al lobo a retroceder para tomar alientos. Du-

rante estas pequeñas treguas de un minu-  
to la glosa todavía se apresuraba a coger al-  
gunas briznas de hierba fresca. Después vol-  
vía a la lucha con la boca llena... Esto  
duró toda la noche. De cuando en cuando  
la cabra de M. Seguin veía como bailaban



las estrellas en el cielo claro y se decía:  
"Oh! Con tal que resista hasta el alba!"  
Una tras otra las estrellas se fueron apa-  
gando. Blanquita redobló sus conadas  
y el lobo sus dentelladas. Una ligera  
claridad apareció en el horizonte. El ron-  
co canto de un gallo se oyó a lo lejos.

"Por fin!" dijo el pobre animalito, que solo esperaba la luz del día para morir - y se extendió en el suelo envuelto en su bella piel blanca, toda manchada de sangre.

Entonces el lobo se abalanzó sobre la cabrita y la comió...

¡Odios Gringoire!.....

La historia que has visto no es ningún cuento de mi invención. Si alguna vez visitas Traveiza los aldeanos te hablarán con frecuencia de: "La cabra del Sr. Leguin que hichó toda la noche con el lobo y al fin por la mañana se la comió"

Me entiendes bien, Gringoire?

"¡al fin por la mañana el lobo la comió"



Biblioteca  
de  
Castilla y León

Biblioteca  
de  
Castilla y León